

CONSEJO DE PUBLICACION:

Presidente: Doctor don José P. Bantug,
Agregado Cultural de la Embajada Filipina en Madrid

Vocales: Doña Adelina Gurrea Monasterio
Secretaria del Círculo Filipino.

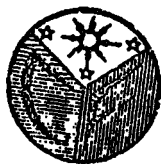
Don Florencio Llanes Borrell,
Presidente de la Sección de Literatura del Círculo.

ADELINA GURREA MONASTERIO

FILIPINAS
HEREDERA PRIVILEGIADA

DECIA AYER... DIGO HOY...

*Conferencia pronunciada en el Círculo Filipino de Madrid,
el día 30 de Enero de 1954*



PUBLICACIONES DEL CIRCULO FILIPINO
M A D R I D

ES PROPIEDAD

118392

Talleres Gráficos «Mundial» - Legua, 7 - Madrid

DECIA AYER...

La primera parte de esta conferencia, que corresponde al subtítulo «Decía ayer», es una repetición de una disertación que di en el año 1935 en la Asociación «España Filipinas», fundada por aquellos dos excelentes caballeros tan amantes de Filipinas que se llamaron don Enrique Carrión y don Alberto Campos.

No he querido cambiar ni corregir nada en ella, por honradez profesional, ya que si después de diecinueve años hay errores posibles en cuanto quise profetizar, debo dejar patentes dichos errores. Yo, sin embargo, creo que he acertado, y si algunas de mis apreciaciones pudieran parecer pretenciosas o falsas, el tiempo es, aún, quien debe enjuiciarlas en lo futuro.

Después de un preámbulo, cuya lectura considero innecesaria, pues se reducía a frases de cortesía hacia los que me brindaron la tribuna de la Asociación para hablar de mi patria, y después de una pequeña explicación del «porqué» elegí para mi conferencia el tema de «Filipinas, heredera privilegiada», entré de lleno en el mismo. Reanudo la lectura en un párrafo que dice lo siguiente:

Tampoco fué un capricho mi elección, ni siquiera un prurito de presentar algo original, pero de carácter meramente informativo. No, hay un fin de utilidad patria en esta exposición—quiere haberlo por lo menos—, y si no se alcanza dicha utilidad será por torpeza exclusivamente mía. Al demostrar que Filipinas es una heredera privilegiada, quiero traer a la mente de cada hijo de Filipinas que su patria está colocada en situación especial para hacer de ella una potencia dirigente en el Oriente, y que sólo la desidia de sus habitantes impedirá el que cumpla esa gran misión que la asignó la historia, al verter sobre ella cuantos ~~dones son precisos~~ para erigirse en luz, en antorcha, en continuadora de la civilización que comenzó en Asia, y moviéndose hacia el Oeste vuelve a Asia otra vez. Pero no a los pueblos viejos. Los caminos jóvenes de las jóvenes civilizaciones necesitan juventud para cumplir su destino. Filipinas está en su adolescencia.

Aquellos pueblos que por el papel constructivo desempeñado en la historia, fueron sus fundadores; los que erigidos en jefes, por decirlo así, cambiaron los rumbos y trasmontaron siglos hacia el camino del progreso; los que fueron luz para las mentes, solución a los problemas morales, respuesta a las interrogantes angustiosas del alma humana, creadores de formas nuevas, fundidores y acopladores de elementos usados para adaptarlos a las necesidades urgentes del mundo, estos pueblos, no tuvieron ese destino sublime, por virtud de un hombre, o de una raza, o de un sistema entero, creado por fuerzas humanas dentro de una misma región, no; es que acumularon en torno de ellos una serie de

circunstancias providenciales o meramente fatales, que ayudaron al genio y al anhelo a crear moldes nuevos en la marcha de las civilizaciones. Así Egipto, que mantuvo su supremacía durante siglos y siglos, debió su grandeza, entre otras cosas, a la fertilidad de su suelo, regado por el Nilo y fecundado por el limo de sus inundaciones. Este hecho, que hoy no tendría más que una importancia relativa, constituyó una base de grandeza, por cuanto que, las tribus nómadas de la tierra, en los períodos de hambre, emigraban a regiones más fértiles, y se sometían a sus moradores en concepto de esclavos si era preciso, para no morir de inanición. Y así Egipto contaba con miles de esclavos que, como los israelitas, realizaban el trabajo material en grandiosas obras de arte, pirámides, esfinges, templos, que han quedado por su gran solidez desafiando a los siglos, y que sirvieron de influencia y de modelo a los pueblos que fueron despertando después.

Citemos a Grecia, pueblo pequeño pero dueño del mundo civilizado por virtud también de una serie de hechos históricos, geográficos y étnicos. Efectivamente, Grecia, que como los pueblos primeros del Mediterráneo no constituía una nación bajo un jefe, sino que eran ciudades aisladas con gobierno propio independiente pero unidas por otros lazos de índole más espiritual: cultura, lengua, religión, etc., ocupaba una posición geográfica privilegiada; era una península rodeada de islas, con muchas millas de costa y, por lo tanto, luminosa, clara, optimista, amante de la belleza en todas sus formas. Su segundo privilegio fué el establecimiento paralelo de dos ciudades con un fuerte contraste en

sus costumbres y maneras de interpretar la vida, Esparta y Atenas; la una, vigorosa, materialista, rindiendo todo su culto a la grandeza física; la otra, artista, sutil, espiritual, amante de las ciencias y de toda actividad del cerebro. En el momento del peligro se complementaron y formaron una unidad perfecta; el cerebro de Atenas dirigiendo el brazo de Esparta les dió el triunfo en las guerras médicas, contra enemigo numeroso y fuerte. Y después del triunfo, la grandeza artística, que no hubiera sido si un Pericles no hubiera sentido la atracción sublime de lo bello. Y lo bello no hubiera podido realizarse si ese mismo Pericles no hubiera puesto a su servicio el dinero de las ciudades todas que le pagaban tributos. Ni Fidias hubiera quedado inmortalizado sin la protección de ese mismo hombre y la abundancia de recursos que se pusieron en sus manos para la reconstrucción de la Acrópolis; ni hubiera surgido la filosofía de Platón sin ese ambiente amable que rodeó el siglo v, a. de J. C., en Grecia. Ni nada de lo dicho hubiera podido ser tampoco si el carácter de la raza no hubiera creado ese genio que fundió el Oriente con el Occidente, borrando leyes de fatalismo para crear leyes de razón que descubrieron para el mundo las excelsitudes de la democracia y de la libertad.

Me extendo un poco más con Grecia porque fué un pueblo que no deben olvidar los filipinos, y hago hincapié en el hecho de que su grandeza tuvo por base la fusión de dos fuerzas que se completaron e hicieron un todo perfecto para la vida; vuelvo a referirme a Esparta y a Atenas, a la fuerza material de la una y la espiritual de la otra; y subrayo

esas sus dos características porque Filipinas ha recibido herencias de dos fuerzas semejantes, que deben aprovecharse para los mismos fines de grandeza que realizó Grecia. América, músculo, empeño, tenacidad, lucha, dinamismo; España, espíritu, tradición, ideal, arte, intelecto, sentimiento, corazón. Pero no adelantemos la impresión ni alteremos el orden. Estábamos diciendo que el surgir de pueblos guías, de pueblos faros, de pueblos maestros en la historia no ha sido producto de un solo hecho o de una gran condición física o intelectual, sino que se tejió su grandeza con hilos múltiples y escogidos, que saliendo de la maraña de los hechos históricos y raciales que el afán humano enredara con su esfuerzo de marcha hacia adelante, coincidían en una región y en una raza para tejer el lienzo definitivo, la estampa clara, el modelo nuevo de un nuevo progreso.

Aun podríamos hablar de Roma, sobre todo porque Roma dejó en España instituciones, que han perdurado con más pureza que en la misma tierra que las creó, y Filipinas, al recoger esa herencia también, tiene una relación indirecta con aquella Roma de entonces, directriz absoluta de los destinos del mundo, pero, sobre todo, de los destinos de Europa, de la civilización occidental. No hay tiempo para extenderse más. Tengo que comenzar en seguida con la herencia privilegiada de Filipinas en el campo de la *Historia*, de la *Cultura*, de la *Religión*, del *Carácter* y de la *Moral*, y demostrar que puede ser uno de esos pueblos faros, de esos pueblos maestros, por su virtud de dones y de gracias, de coincidencias y de esfuerzos buscados, de heroísmos y de

fanatismos, de un cúmulo, en fin, de regalos históricos, raciales y geográficos.

Y empecemos por hacer historia, historia sabida, pero que no viene mal recordar. El descubrimiento de Filipinas fué debido, según unos historiadores, al afán de encontrar un camino más corto y propio a las islas de la Especería (las Molucas), tomando la ruta del Oeste, en lugar de ir por el Este como hacían los portugueses; según otros, al deseo que tenía Magallanes de demostrar que las Molucas caían dentro de la circunscripción que el Papa Alejandro VI y el tratado de Tordesillas del año 1494, había concedido a España. Más claramente, en las disputas habidas entre España y Portugal para la repartición de tierras remotas descubiertas alternativamente por unos y otros marinos de una y otra nación, el tratado de Tordesillas concedió una zona de esas tierras a Portugal y otra a España. La manzana de la discordia, por lo visto, eran las Molucas por la riqueza en especias que contenían, y como por lo visto, también, los mapas y las medidas eran algo hipotético en medio de su pretensión científica, España, que deseaba para sí la riqueza de las Molucas, envió una expedición bajo el mando de Magallanes para que confirmase la posición exacta de las islas en cuestión. Y sucedió que antes de llegar a ellas Magallanes tropezó con tierras nuevas, y tras de varios tanteos, desembarcó al fin en Cebú, donde pactó con el reyezuelo nativo, Humabón, cuya amistad y la de sus súbditos brindó a los españoles bautizándose. La historia nos cuenta también cómo Magallanes entabló un combate contra el reyezuelo de la pequeña isla de Mactan y 2.000 nativos, por ser aquél

enemigo de Humabón y haber desafiado al jefe español. En ese combate perdió la vida Magallanes con seis más, y el resto de la expedición hubo de retirarse. El mismo Humabón cambió el rumbo de sus sentimientos ante la derrota de los expedicionarios y los traicionó, asesinando a Barbosa y 24 españoles más en un convite falso que preparó para el caso. Ante tanto contratiempo el nuevo comandante de la expedición quemó una nao por falta de gente y continuó a las Molucas para cumplir el fin propuesto; en Tidor cargaron clavo, dirigiéndose una nao, mandada por Gómez de Espinosa, hacia América, y la otra por el Cabo de Buena Esperanza, mandada por Sebastián Elcano, arribó a Sanlúcar de Barrameda, después de perder mucha gente en el viaje.

Es interesante narrar la serie de vicisitudes que pasaron estos hombres para que nos podamos dar cuenta del temple admirable y austero de sus almas, comparado con el nuestro de ahora, en que los refinamientos nos han afeminado el carácter, de tal modo, que todo obstáculo nos parece un descalabro. Siendo esa marca de hombría y de reciedumbre espiritual, la primera herencia de los filipinos, al ponerse en contacto con aquellos descubridores, no debemos dejar pasar desapercibido este detalle. Efectivamente esa primera expedición de Magallanes, y cuatro más hasta el establecimiento definitivo de la dominación Española en Filipinas, sufrieron una serie de contratiempos y de desgracias capaz de arredrar a espíritus menos fuertes que los suyos. En primer lugar, de las cinco naos que salieron de Sevilla en 1519 al mando de Magallanes, una se perdió antes de pasar el

estrecho de su nombre y otra desertó, volviéndose a España; con las tres restantes surcaron el desconocido y misterioso Mar Pacífico y arribaron a Cebú, en donde, según hemos relatado, perdieron la vida algunos de los expedicionarios, obligándoles a quemar una nao antes de continuar a las Molucas. Después de hecho el cargamento, la nao que se dirigió a América fué apresada por los portugueses, llegando únicamente la «Victoria» a Sanlúcar de Barrameda. Es decir, que de cinco naos con 234 hombres que salieron de Sevilla, volvió sólo una, al cabo de tres años. Y aun así dice la historia que el emperador Carlos V, animado por el éxito de la expedición mandó preparar otra, que salió de La Coruña en 1524.

Esta expedición fué aun más desgraciada que la anterior, pues hubo de enviarse en su auxilio otra tercera que sufrió igual suerte desastrosa.

De las siete naves vizcaínas que salieron de La Coruña, algunas se dispersaron en el Mar Pacífico a causa de un violentísimo temporal, murieron cuatro jefes de los que fueron mandando la armada; al tomar rumbo a Cebú las naves fueron impulsadas por fuerte viento hacia las Molucas, donde emprendieron guerra con los portugueses, aliándose con los reyezuelos de aquellas islas y finalmente hubieron de ser auxiliados por la tercera expedición que se envió desde Nueva España (Méjico)—para hacer más corto el viaje y disminuir sus peligros—, cuando sólo quedaba la nao «Victoria» y 120 hombres vivos.

Esta tercera expedición, mandada por Saavedra, constaba de tres bajeles con 30 cañones y 110 hombres; dos de aquellos desaparecieron a la altura de las islas de Gaspar

Rico, y el tercero continuó solo, mandado por Saavedra, hasta Tidor donde fué recibido como liberador por el resto de la expedición de Loaisa. Hallábanse encerrados en un fortín y a pesar del auxilio no consiguieron salir para embarcar, sufriendo muchas vicisitudes y teniendo, al fin, que ser libertados y auxiliados por sus propios enemigos, los portugueses, en virtud del convenio de Zaragoza que firmó Carlos I. De estas dos expediciones llegaron a Lisboa solo diez hombres, entre ellos el célebre Urdaneta, que luego había de volver a establecer la primera misión religiosa en Filipinas, y a descubrir la ruta de regreso a través del Pacífico.

Conviene aclarar, por la importancia que tiene, que el tratado de Zaragoza encerraba una renuncia absoluta de Carlos I a las islas Filipinas, por cuanto que él se comprometió a que ningún español navegase o traficase al oeste de un meridiano dibujado a cierto número de leguas al este de las Molucas.

Afortunadamente, y se debe anotar este hecho como un golpe de suerte para Filipinas, no se dieron cuenta entonces de que éstas se hallaban a pocos grados al oeste de las Molucas, y, por lo tanto, quedaban excluidas del dominio de los españoles. Si Portugal hubiese recabado sus derechos a ellas, no hubiera sido España la colonizadora de las Filipinas, y su suerte hubiera sido muy distinta de la que es. Por fortuna, bien sea porque efectivamente no se percataron de aquellos derechos o porque las islas Filipinas no tenían riquezas de las codiciadas por aquel entonces, o porque a Portugal no le convino guerrear con el monarca más poderoso de aquel tiempo, el caso es que por orden de Carlos V,

y sin ninguna oposición por parte de Portugal, se organizó una cuarta expedición mandada por un hombre de letras. Villalobos, destinada ya exclusivamente a la conquista de las islas, pues llevaba la prohibición más absoluta de acercarse siquiera a las Molucas. Villalobos no tuvo más suerte que los que le antecedieron y empujado por el hambre y una serie de vicisitudes cayó en poder de los portugueses, muriendo en Amboina. El resto de la expedición volvió a España. Villalobos dió a la isla de Leyte el nombre de Filipinas en honor al príncipe de Asturias, luego Felipe II, denominación que más tarde se extendió por todo el Archipiélago.

La última expedición fué un proyecto meditado y bien organizado para el establecimiento definitivo de España en las islas y, sobre todo, para llevar la fe católica a aquel rincón remoto. En ella iba Urdaneta, y un gran hombre mandándola, Legazpi, carácter recio, idealista, cristiano, que gastó toda su fortuna en la colonización y murió sirviendo a la causa de España y de la religión. El carácter y el temperamento poco guerrero de los naturales, facilitó la conquista, restando en cambio ocasiones de lucimiento personal a los conquistadores que deseaban laureles como los de Hernán Cortés.

Desde entonces la colonización de Filipinas fué una serie continuada de propagación evangélica salpimentada con pequeñas rebeliones por parte de algunas tribus, otras de más importancia causadas por los piratas moros y dos o tres guerras pequeñas, contra el corsario chino Limahong, contra los ingleses y contra los holandeses, que intentaron apoderar-

se varias veces de las islas. A falta de funcionarios civiles, los frailes ejercían toda la autoridad y se erigían en dueños absolutos de la mayor parte de los pueblos. No quisieron enseñar el español a los naturales, prefiriendo aprender ellos los dialectos. Esto fué un mal para España pero un bien para el país, por cuanto que así se prolongó la infancia de las islas, y viene a caer su juventud en una época, la presente, en que coincide con la vuelta de la civilización al Oriente, y Filipinas puede recibirla y dirigirla con toda la pujanza de un pueblo joven, vigoroso y admirablemente preparado con armas modernas, tanto morales como materiales.

De toda esta breve historia se desprende que Filipinas tuvo por primera potencia colonizadora al imperio más fuerte de aquel tiempo, gracias a lo cual no recabó Portugal, quizás, su derecho a las islas. Esto fué una fortuna para ellas, no sólo por el hecho de que España fuese gran potencia en cuyos dominios no se ponía el sol, sino, sobre todo, porque España ha sido la única nación colonizadora que debido a su propia historia supo conservar en los pueblos que colonizó, las razas primitivas, su lengua, sus caracteres, y sin quitar nada de lo propio les dió para fundir con los elementos nativos lo mejor de su cultura, de sus costumbres, de su moral, de sus sentimientos, sin que esto quiera decir, para no ser injustos, que también arrastrase en esa savia inyectada una herencia de cualidades y hasta de vicios que perjudicase el carácter del pueblo colonizado. Pero por un privilegio especial también, veremos cómo estos lunares y hasta grandes defectos dejados en Filipinas

por la raza hispana, han sido neutralizados luego por la otra nación colonizadora del país.

Hablando sólo de las virtudes, podemos asegurar que España era la nación mejor preparada para colonizar en un sentido cristiano, democrático y liberal, porque ninguna otra nación del mundo de la época tenía la preparación histórica para convivir con razas extrañas. Más claramente, España por haber sido la puerta de Europa para las civilizaciones de Oriente y Norte de Africa, hubo de ser invadida y de convivir con los pueblos representativos de aquellas civilizaciones, y así vemos como tras los iberos, primitivos habitantes de la península que tomó su nombre, vinieron los celtas, para formar la raza celtibera, luego los fenicios; primeros navegantes y comerciantes del mundo antiguo; más tarde los griegos, que establecieron colonias en el litoral de España; en seguida los cartagineses, y, finalmente, los romanos, de cuyo imperio fué España una provincia durante siglos, asimilando su gran cultura, su arte, su derecho, tan perfecto que existe hasta nuestros días, y sobre todo su espíritu de convivencia con otras razas para llegar a la unidad de un imperio. Después de la era antigua aun soportó España otras invasiones, y se fundió con sus invasores y vivió a gusto con ellos, asimilando también su civilización, los moros, los judíos, y antes de éstos los visigodos, con su nuevo plan para el establecimiento de una nueva sociedad, de una nueva moral, de un nuevo derecho y una nueva religión que culminó en el imperio de Carlomagno. Y por eso, acostumbrada a admitir nuevos pueblos en casa. supo ser invasor sin destruir, llevando en su áni-

mo la sedentaria costumbre de tolerar, de escuchar, de admitir ideas nuevas, corrientes distintas, maneras exóticas, sin asombrarse y sin alterar la grandeza de su espíritu señorial, con el señorío del que todo lo ha visto y todo lo ha vivido. Añadamos a esta tradición, el fervor místico del amor por la conquista de almas, que comenzando con Isabel la Católica y Carlos V, culminó en el fanatismo de Felipe II, con esa chispita de locura razonada heredada de la sinrazón de Juana la Loca, locura de amor que se propagó de la pasión por un hombre a la pasión por las almas, como ofrenda a un Dios que podía premiar, castigar y perdonar a cambio de esas almas conquistadas. Y entonces comprenderemos todo el cordial ambiente de caridad cristiana que envolvió la colonización de las islas, haciendo perdurar costumbres, lenguas y razas, que se perdieron por completo allí donde dominaron otros países de Europa. Al lado de Filipinas está Borneo, Sumatra, Java y muchos otros pueblos. Compárese su estado de civilización con el de nuestro país.

Queda, pues, explicado porque podemos decir que Filipinas es una heredera privilegiada en el campo de la *historia*; fué colonizada por amor a ella, y no en virtud de sus riquezas—que entonces no significaban nada—, por la nación más poderosa, más hidalga y más llena de fervor evangélico. Y la segunda parte de su colonización realizada por otro país rico y poderoso, de energías distintas, que dieron impulso de germinación a la simiente espiritual recibida de España, es una confirmación más de nuestro argumento. Efectivamente, América del Norte encarna el tipo

representativo del comienzo de una civilización moderna. No hace falta hacer su historia ni aún en sus relaciones con Filipinas, porque está todo ello tan cerca de nosotros que es inútil recordarlo. Pero al ser la estación más cercana a Europa, para el tren de la civilización en su ruta hacia el Oeste, recogió naturalmente, y adaptó a su vida joven, todas las conquistas europeas espirituales y materiales. Y al fuego de un vigor renovado, fuerte por ser fuerza, y por ser fuerza virgen más aún, fundió todo ese material y creó un orden nuevo más práctico, más pujante, más hecho para la lucha por la vida, trasladándolo a Filipinas como gran complemento, que rellenando los huecos naturales entre una y otra pieza constructiva—inacopladas por irregulares—, sirvió de argamasa, de cemento, que no solamente completó y pulió, sino que reforzó la gran estructura del pueblo filipino. A los dos años de venir los norteamericanos y siendo gobernador Mr. Taft, se comenzó a legislar, votándose créditos para mejoras materiales y culturales. El primer millón de dólares fué para la construcción y mejoramiento de carreteras, seguidamente tres millones para acondicionar el puerto de Manila; después se trajeron 1.000 maestros americanos, que distribuidos convenientemente entre 500 pueblos y ciudades, se les asignó la especial misión de preparar a 2.500 maestros filipinos, enseñándoles la lengua inglesa y métodos modernos pedagógicos. Al mismo tenor se procuró la organización de otras actividades; organizándose la Corte Suprema, se elaboró un código de procedimiento civil, se fundó un departamento forestal, otro de sani-

dad, otro de agricultura y un cuarto departamento de fuerzas de orden público.

Todo ello con los elementos más modernos que encarnaban la perfección en la técnica y en el procedimiento. Así, pues, la segunda herencia de Filipinas fué también la mejor de su tiempo, como España fué lo mejor en el siglo de su descubrimiento, porque además de ser América del Norte, país rico, poderoso, pujante y organizado, se olvidó un poco de ciertos métodos de imperialismo que había usado para con otros pueblos por ella tutelados, y dió a Filipinas favores excepcionales, respetando toda la cultura y la obra anterior, del anterior país colonizador. Y le dió sobre todo la fuerza material, el nervio, el músculo, el cálculo, que por demasiado idealista y soñadora no le había sabido dar España.

La herencia cultural de las islas es aún más rica, como medio de preparación para el desenvolvimiento de una civilización propia, y de ventaja con respecto a sus vecinos de Oriente. Efectivamente, ¿qué pueblo oriental puede contar con la cultura antigua del Mediterráneo, tamizada por los siglos, en su proceso de adaptación a los tiempos modernos? ¿No fué España heredera directa de Grecia, la fundadora, de Roma la propagadora, de aquel nuevo orden, que con elementos de filosofía cristiana crearon los llamados pueblos bárbaros del Norte, y, finalmente, de la maravillosa ciencia, progreso y arte de aquella cultura musulmana en España, cuando el Califato de Córdoba era uno de los reinos más poderosos de Europa, con sus califas enamorados de los libros, de tal modo que lograron que no hu-

biese analfabetos en su reino? Aquel reino de la civilización árabe española que mientras el resto de Europa estaba sumido en la oscuridad y la barbarie, contaba con una biblioteca de 400.000 volúmenes, con universidades a las cuales acudía la juventud de los demás países y donde hasta las mujeres aprendían gramática, historia y astronomía; reino que dicen, inventó la farmacia y el sistema de numeración empleado hoy día, que cultivó la música y la arquitectura, dejando huellas tan preciosas como la Mezquita de Córdoba, y la melodía de los cantos populares españoles, con la alegría de la pandereta y toda la intensa melancolía de la guitarra. Y el arte de labrar la tierra y de regarla, y la industria del curtido, y la de la fabricación del papel. Civilización olvidada pero no perdida, responsable de esas espontaneidades, de esas creaciones geniales, que surgen de pronto en el campo del arte español.

Pero ahora cabe preguntar: ¿Llevó España toda esta cultura a Filipinas? Sí, a pesar suyo. Porque España, que se preocupó más que de nada, de enseñar la fe a los indígenas, no organizó misiones pedagógicas ni culturales, llevadas oficialmente desde la metrópoli; más aún, los frailes que hacían de autoridad material y espiritual en los pueblos, se abstuvieron de enseñar la lengua española a los naturales, pero no pudieron evitar el conservar su condición de españoles y al pensar y obrar en español, insensiblemente transmitían a los que tenían contacto con ellos, esa base, esa esencia de una cultura y de un pensamiento que venía a ser como la levadura de la masa que fabricaban para el pan de la religión. Y a través del tiempo, sedimentaron gérmenes

de una cultura latina, que luego, en breves años, habría de florecer al menor calor de cordialidad y de esfuerzo.

La gota de agua de los siglos forma lagunas insecables.

Podríase decir que el destino había reservado para Filipinas con efectos retroactivos el sistema de un método pedagógico moderno que actualmente se implanta en las escuelas, el que recomienda que los niños vayan desde los dos años a las clases, pero que no empiecen a aprender nada hasta los siete, asegurando que estos niños sabrán a los ocho años exactamente lo mismo, o quizás más, que los que estuvieron adquiriendo conocimientos desde más temprana edad, pero con armas sin preparar y mediocres en su desarrollo. De este modo, Filipinas sensibilizó sus nervios y refinó su cerebro, durante los tres siglos de dominación española, para aprender después, con esa preparación, cosas más nuevas y acabadas, en brevísimo tiempo. Y así vemos como en pocos años, después de la marcha de los españoles, surge una legión de poetas, de periodistas, de oradores, de hombres de carrera, haciendo arte y ciencia en castellano, en contraste con media docena de individualidades que florecieron en los últimos tiempos de la dominación española.

Para hacer justicia hemos de consignar que algunas órdenes religiosas crearon centros de enseñanza primaria y secundaria y una Universidad en Manila—la gloriosa Universidad de Santo Tomás—, pero no fueron instituciones dignificadas por las islas, para las masas, sino para las minorías que podían acudir a ellas en la capital. De ellas, sif

embargo, salieron los intelectuales y escritores que menciono arriba.

La segunda cultura de Filipinas, la que corresponde al músculo cerebral y al cerebro del músculo, al cálculo, a la organización, al empeño, a lo exacto, la recibió de América, que a su vez fué heredada de Inglaterra, cultura sajona, más fría, más pensada, pero terminantemente necesaria para Filipinas, para encasillar y ordenar su otra cultura latina, por latina espontánea y genial. De esta manera los lunares de la cultura dejada por España, han sido neutralizados gracias a la aportación de otra nación de virtudes y vicios encontrados. Y éste es también un privilegio heredado. Norteamérica tiene juventud y pujanza organizada, pero carece de tradición: España es rica en legados tradicionales, pero está agotada por su propia historia. Filipinas recoge las dos características, las dos herencias, y debe conseguir formar el conjunto perfecto de una juventud con experiencia. Hablemos de la enorme ventaja de haber heredado también las dos lenguas más universales y de más utilidad en todos los ramos de la vida moderna. El castellano, hablado por mayor número de naciones, y el inglés, por mayor número de almas; el uno, idioma del espíritu que interpretó los idealismos del «Quijote» y todo el pensamiento del siglo de oro español; el otro idioma del comercio—que tiene también sus romanticismos—, y que al margen de las actividades comerciales, sirvió de medio al pensamiento para hacernos conocer las excelsitudes espirituales de un Shakespeare y las inquietudes de un Byron. Ambos ricos, ambos conservadores y transmisores de los mejores tesoros

del pensamiento de la humanidad, ambos para la herencia privilegiada de Filipinas.

Poco se puede decir ya sobre el carácter y la moral. Sabiendo la historia y la cultura puede deducirse fácilmente la conformación del carácter y los moldes de la ética. Pero hay un punto que conviene explicar por su importancia. La influencia del Oriente sobre sus razas. Dicen los comentaristas de la historia antigua que los países orientales, cuna de las civilizaciones donde surgió la luz para el occidente, eran países fatalistas, porque la exuberancia y riqueza de la flora y de la fauna, con sus selvas gigantescas de vegetación grandiosa, en su verdor perenne y su humedad cálidamente sensual, anonadaba de tal manera al ser humano, que éste se consideraba como una parte pequeña de ese otro «todo» grandioso, sintiéndose esclavo de dicha naturaleza, cuyas leyes había fatalmente de cumplir. Por lo tanto no razonaba su camino, ni elegía sus destinos, sino que dejaba que sus dioses—fuerzas naturales también—le condujesen a donde fatalmente había de ir. Vivía al día y su fuerza era la de la superación del momento para hacer frente a un mal, pero al organizarse luego otras fuerzas que prevenían, que se preparaban y que se prevenían contra lo que el futuro podía traer, fueron vencidas y aniquiladas aquellas civilizaciones. De estas fuerzas, la principal y la primera, fué la de Grecia, que concedió al ser humano toda su dignidad erigiéndole en jefe y amo de todo lo creado y dirigente de todos los destinos del mundo. Desde entonces, Oriente significó para los historiadores la debilidad, el vicio, la derrota, el fatalismo aniquilador: Occidente el cere-

bro, la virtud, la fuerza dominadora de las pasiones, la ciencia, el arte, la filosofía, la razón, la libertad, la democracia y, sobre todo, la dignidad del hombre que lucha, que elige, que se abre su propio camino y que se labra su propio destino.

Filipinas, por ser oriental cae, por lo tanto, bajo esas leyes de fatalismo tratadas por la historia, y como España tiene también influencias orientales, por su contacto de siglos con los musulmanes, no fué bastante su otra parte de origen y herencia occidental para desterrar de sí misma y de Filipinas ese estigma fatal que afemina sus costumbres con laxitudes y abulias perjudiciales siempre, pero mucho más ahora en que la vida está hecha de previsiones a largas distancias. Y es en este aspecto, precisamente, donde debe dejarse influenciar por su otra herencia posterior, por cuanto que el norteamericano, nieto de aquellas razas fuertes que poblaron Inglaterra, sin vestigio el más remoto del Oriente y reforzado aún más aquel carácter dominador, de hombre dueño de sí mismo, por el rejuvenecimiento de una formación nueva en una tierra virgen, con elementos de nueva creación, tiene fuerza capaz—y debe hacerlo—para borrar esas huellas de orientalismo enervante que pudiera vencer al destino mismo y entregar la antorcha de la luz a otros pueblos, con más fuerza material, sí, pero con una civilización ficticia. Y el resultado sería que la luz se apagaría, metiendo marcha atrás al carro del progreso, porque es imposible que pueda heredar la civilización de Grecia y de Roma y de Occidente en general, un país que, como el Japón, tiene su grandeza a base de un fanatismo que lleva

al hombre a anular su propia dignidad, aceptando salarios vergonzosos y resignándose con hábitos de vida miserables. Toda teoría y toda enseñanza que tienda a anular el «yo», la personalidad, y más si se hace con miras imperialistas, es denigrante para el ser humano y lo denigra y lo anula con una resultante de estancamiento, de podredumbre, bajo unas apariencias prometedoras. El fanatismo es una fórmula de fidelidad bárbara que degenera al hombre porque le quita su libertad. Por eso la civilización está estancada en el Japón y en Rusia, donde el hombre no es libre a fuerza de ser fanático.

Filipinas, en cambio, si logra vencer esa influencia de ambiente y de clima de que he hablado antes, puede ser Occidente en Oriente y romper el mito de los historiadores y los filósofos que aseguraron que el «Este es el Este» y el «Oestes es el Oeste», y que nunca se podrán fundir Oriente y Occidente. Yo digo que, en principio, ya están fundidos. Que se dé una forma a esa fusión para que quede plasmada en realidad. De Filipinas será el milagro si recogiendo la fuerza de todas sus herencias, sabe asimilar, sin impaciencias de inmediatas independencias o autonomías, la fórmula sajona del orden, de la organización y de la actividad diaria que le está inyectando Norteamérica.

Y, para terminar, llegamos a un punto principalísimo en la importancia de un pueblo dirigente: la religión. Pese a quien pese, nadie puede negar la realidad en cuanto al papel del Cristianismo en la Historia del mundo. Creó una civilización que dura hasta nuestros días, por su propia fuerza y porque vino al mundo cuando la humanidad, im-

paciente, tenía ansias de resolver problemas de ética y de idealismos con una fórmula religiosa que diese respuesta a sus interrogantes angustiosos sobre el más allá y sobre el fallo a todo el proceso de injusticias que encierra la vida terrena. La fórmula del Cristianismo, de acuerdo con las últimas ideas filosóficas de aquel tiempo fué de su plena satisfacción y se propagó rápidamente. Aún resuelve los problemas de la masa humana, en general, y persiste el orden de vida creado por el Cristianismo como tipo de una civilización perfeccionada en lo que permiten las posibilidades de la imperfección humana. Y esta religión está representada en Oriente por Filipinas. Más aún, Filipinas es el único pueblo cristiano del Oriente, con una unidad en su religión, y, por tanto, puede actuar moviendo los mismos resortes morales en la conciencia de las masas, para llevarlas hacia una unidad de cultura y una unidad política completamente occidentales.

La religión heredada de España tenía en su práctica y en su interpretación prejuicios de odio y baldones de persecución, tales como los procedimientos de la Inquisición, pero esa misma religión, practicada por el norteamericano (y no olvidemos que uno de los partidos más fuertes del catolicismo está en su país) y desarrollada en una tierra libre para las conciencias, importó suavidades de comprensión, calor humano y aquella piadosa misericordia que brotaba de los labios del Maestro para los pecadores. Encauzándola también, sin intransigencias, por los caminos libres—que son los del hombre progresivo—, la religión cristiana ha de ser para Filipinas la base sobre la cual

há de levantar el edificio de la civilización de Europa en en el Oriente.

Esa es su misión porque tuvo el privilegio de recibir todas las herencias para cumplirla, la herencia material, actual de los Estados Unidos, y la herencia espiritual, antigua de España; toda la organización moderna y toda la esencia tradicional, la historia y la vida de los dos países más libres de su tiempo, la cultura latina y la sajona, la religión cristiana, y la moral de Occidente. Y sobre todo aquellas dos fuerzas que a un pueblo pequeño, pero elegido, dió la supremacía en el Mediterráneo y en el mundo de entonces, creador de moldes perfectos para el establecimiento de esa civilización que se conserva aún por ser la gran verdad dentro del concepto de humana dignidad que corresponde al hombre: Esparta y Atenas, Grecia viviendo aún a través de los siglos y empujando todavía con su espíritu el carro de sus instituciones, que en su ruta de «vuelta al mundo» va a llegar a Filipinas. Y si en Filipinas no se pasea triunfalmente, habrá de ser porque el filipino no habrá querido administrar la cuantiosa herencia de sus colonizadores, y, cual hijo pródigo, inconsciente, irresponsable, vacío de amor patrio y desnudo de afán progresivo, dilapide esa fortuna espiritual y material y entregue sus herencias a la usura imperialista de otros pueblos orientales donde el hombre no tiene más importancia que la de ser un eslabón en la continuidad de la raza.

Pero no, esto no debe suceder, no hemos de consentir los filipinos que suceda. Ello equivaldría también a un rompimiento fatal de la cadena de los privilegios con que

la fortuna y la historia alentó durante siglos la marcha hacia la cúspide del pueblo filipino. Y ha de llegar a su meta con gloria.

Lo merece nuestro país, bueno, costero, luminoso y artista, dulce y afable, pacífico y hospitalario, cálido, suave, azul, que hizo exclamar al poeta para cantarlo:

*Aquí se acoge hasta el paria
porque mi encantado suelo
es un pedazo de cielo
puesto en la mar solitaria.*

DIGO HOY...

Hasta aquí lo que dije ayer. Hoy, después de leerlo y considerarlo, no quito una letra de lo escrito, ni me arrepiento de haber trazado en la forma que lo hice el cuadro de estas influencias y sus futuras consecuencias. Aunque las conmociones que sufre el mundo desórbiten todas las previsiones.

Si la marcha hubiera sido normal, creo que se hubiera alcanzado fácilmente el fin pronosticado. Marcha normal llamo yo el caminar sobre senderos de paz en la estabilidad de todas las ambiciones humanas: un progreso sin estruendos, volatines ni saltos mortales; rampa arriba hacia las alturas de la luz.

El último cataclismo nos dejó la visión de una tremenda guerra demoledora, no sólo de lo material, sino de todas las fuerzas del espíritu (excepto las ciclópeas que poseen los escogidos), hogares arrasados, pueblos desplaza-

dos, seres arrebatados a los amores de familia y de pasión, soledades infinitas, nostalgias inconsolables y... empujando, empujando a través de tanto dolor y tanta desolación la irresponsable carrera de la juventud que sin nada atrás a que mirar, piensa que el mundo ha sido siempre así, que no hubo ni puede haber otro distinto, y que el crimen, la falta de honradez, el honor, la desmedida ambición, la avaricia por lo material, son fuerzas corrientes que hay que manejar para vivir. Yo no sé qué caminos ni qué metas serán las tuyas, pero para los de nuestra generación (hablo de la mía) y para la de los que aun tienen diez años menos que yo, no hay caminos ni hay metas, ni hay más senderos que los que llevan no sabemos a dónde, pero por los que hay que caminar en la imposibilidad de pararse. Con esta incertidumbre y sin horizontes en el caos del vivir presente, donde todas las sinrazones quedan encasilladas en el casillero ilógico de lo disparatado, ¿qué previsiones se pueden hacer? Una sola: descansar nuestra mano sobre la de la Providencia y dejarnos llevar por ella.

Así y todo, yo sigo diciendo que Filipinas debe ser el país faro y guía del Oriente, por todo cuanto he expuesto antes, por su preparación occidental, y ello a pesar del error cometido que retrasa su progreso en muchos años.

He de pedir perdón a mis conciudadanos si creen que lo que voy a decir es poco patriótico. Corro el riesgo por amor a la verdad, o lo que creo yo que es la verdad. Filipinas ha escogido muy mal momento para recibir su

independencia; muy mal por dos motivos: primero, porque es disparatado recibir la libertad sobre un campo humeante de ruinas; aceptar la responsabilidad de andar sola y sin tutela por el vacío cuya ingravidez no ofrecía estabilidad alguna, emprender una carrera política y económica sobre yermos, espinos, pedregales, cuesta arriba y sin el entrenamiento de una experiencia adquirida. Ya hubieran sido difíciles los primeros pasos en momentos normales; en las circunstancias en que se realizó el comienzo de nuestra independencia la tarea era para superhombres. Con ciudades arrasadas, sin servicios de agua, de electricidad, de transporte, de urbanización, sin viviendas y con la autoridad debilitada para el mantenimiento del orden público, con enemigos emboscados en el caos de una postguerra, la situación era simplemente trágica y sólo una irresponsabilidad o una desmedida ambición pudieron aceptarla en tales condiciones.

¿Qué economía podía prosperar con un capítulo tan pesado de gastos para la reconstrucción, si ésta era de enormes proporciones y la falta de producción en la industria y el agro no podía ofrecer los medios para ello? La ayuda recibida no era nada comparada con lo necesario. Y ocurrió, y aun ocurre, que el ciudadano filipino, acostumbrado a una vida paradisíaca, fácil en el trabajo y las ganancias, se ha sentido defraudado ante tanto sacrificio como se le ha exigido, considerando que se le pudo haber evitado tal calvario con sólo haber esperado a que América nos

hubiera dejado el país como antes de ser destruído por causa de una guerra, contra ella precisamente.

El segundo motivo es de mayor gravedad aún: las disensiones internas que han quedado en todos los países invadidos durante la última guerra, con su secuela de venganzas y reivindicaciones por parte de los guerrilleros, como si el cumplir con el deber patrio no fuera ya bastante recompensa a los sacrificios hechos. Pero se pasaron cuentas en todas partes y en todas se vertió sangre hermana, aprovechando el comunismo estas aguas turbias para su ganancia. Así, en Filipinas, los «Huks», principalmente, tuvieron ocasión de organizarse contra la sociedad y el gobierno constituído, sembrando el terror y obligando a los propios hermanos de sangre a proceder contra ellos. Si Filipinas hubiera quedado tres o cuatro años más bajo el gobierno americano, ellos hubieran liquidado esta cuenta sin dejar rencores entre hermanos, ni el riesgo de una guerra civil en el país, y hubiera entrado el primer gobierno de la República de Filipinas a gobernar un territorio reconstruído y pacificado. América hubiera consentido en dejarlo así, y para ella fué gran suerte que los que conducían la política entonces aceptaran la inmediata independencia, porque le hubiera costado mucho dinero y alguna sangre el llevar la normalidad a tanta isla, con tanta costa que guardar. Al echarse los filipinos sobre sus hombros toda esta ingente tarea, han retrasado el progreso de Filipinas por lo menos veinte años. Los impuestos que forzosamente han tenido que cargar sobre la industria y la agricultura, no sólo han dejado descontentos a los pro-

pietarios y dirigentes de estos recursos nacionales, sino que han retraído al capital, lo mismo al nativo que al extranjero, con el consiguiente perjuicio para la riqueza del tesoro.

Podrían argüirme que el pueblo entero filipino estaba ansioso de su independencia inmediata y que era muy peligroso el que los dirigentes del país se la hubieran negado, pero yo creo en la sensatez de nuestro pueblo y tengo la seguridad de que se le hubiera convencido haciéndole ver las ventajas de una corta espera.

La guerra vertió sobre la esencia de las herencias de Filipinas una serie de reactivos perjudiciales para la consolidación de aquélla; consolidación que debía llevar a la formación definitiva del carácter del filipino. La propaganda del Japón en un sentido racista, con el lema de «Asia para los asiáticos»—aunque la fuerza occidental del filipino no quiso hacerse eco de ella, y aunque el intelectual filipino sabía que en realidad había que leerlo y entenderlo como «Asia para el Japón»—no dejó esta propaganda de impresionar al pueblo menos preparado y tan amante y orgulloso siempre de su calidad malaya. Por un lado, ha sido Filipinas el único país asiático que no colaboró con el Japón, haciendo así caso omiso de dicha propaganda en este sentido, y esta decisión nació de su convicción de que por su cultura, por su religión, por su occidentalismo en fin, era superior a todos los demás pueblos vecinos, pero, por otro, la reminiscencia de pasados agravios, de pasadas servidumbres, dejaron una interrogante en su alma, que ha acendrado su nacionalismo exa-

geradamente, desvirtuando la verdadera meta en que deben detenerse para formar una confluencia las tres corrientes de sus determinantes históricas: la malaya, la latino-hispana y la sajona-americana.

Por observaciones hechas en jóvenes de la nueva generación de habla inglesa, deduzco además que la influencia norteamericana no se ha consolidado en el alma filipina, probablemente porque no ha tenido tiempo para ello, y estos jóvenes, despegados de su otra influencia, por ausencia de contactos en su período educativo, flotan en una insensibilidad espiritual que reclama una rápida intervención que los lleve a tierra firme por medio de una muy cuidada educación que no desprecie ni desperdicie nada de sus dos influencias mencionadas. Tarea muy difícil, desde luego, pero que hay que llevar a cabo si no queremos que al fraguar en el crisol histórico el contenido de dichas influencias, resulte el filipino un ser híbrido, quebradizo y vacilante que arrastre como secuela de su inestabilidad un marcado complejo de inferioridad.

El nacionalismo extremado no puede ser un remedio de ninguna manera, porque el pasado no se puede borrar ni se puede perder del todo: Volver a nuestra pura esencia malaya es tan imposible como borrar del calendario trescientos cincuenta años.

Hay algo ya indecible en el espíritu filipino, pese a apariencias rotundamente indígenas o sajonas, algo sustancial en su moral, su religión, su carácter y su cultura, sedimentado por los siglos de convivencia con España. ¿Debemos, por esto, cultivar exclusivamente esta faceta de su

ser? De ningún modo. Quédense las excelencias de lo nativo, la cortesía, la hospitalidad, la generosidad y la dulzura orientales; quédense también sus vicios, su abulia que nos hace soñadores, poetas y artistas, y aquellos otros que no nos pongan demasiado en inferioridad con el resto del mundo; quédese el dinamismo de lo sajón y su sentido práctico para neutralizar lo otro, su afán de trabajo, su ordenada ambición. Y del idioma, ¿qué? Pues cultivemos enhorabuena los dos idiomas, además del que mamamos en el hogar: escoja cada cual aquel que vaya mejor con su temperamento y sus aficiones. Suiza, que es un país perfectamente civilizado, habla tres lenguas. Ah, pero dése a los filipinos ocasión para aprender por igual el inglés y el español. Esto no se consigue con la obligatoriedad del castellano en las Universidades. Allí es tarde para aprenderlo bien. Es en las escuelas primarias donde el niño filipino debe aprender el español, sin alterar los horarios, déense asignaturas en castellano y otras en inglés, cántense canciones en castellano y en inglés, recítense versos en castellano y en inglés. Y que se aprendan los versos castellanos que los poetas filipinos escribieron en ese idioma, sin traducirlos, aunque sean la letra del Himno Nacional. ¿Que esto les traerá confusión? De ninguna manera: al niño no; la experiencia en las escuelas plurilingües ha demostrado que se pueden aprender perfectamente dos o tres idiomas sin confundirlos. Filipinas debe ser una nación bilingüe, por lo menos, y ¡qué armas en la lucha por la vida resultarán el inglés y el español para el ciudadano filipino!

Volviendo al encauzamiento de la herencia de Filipinas hacia una homogeneidad espiritual y moral, repito que son los centros de enseñanza los que deben afrontar con valentía y honradez la tarea de fraguar el alma filipina, y de estos centros de enseñanza, los colegios católicos habrán de tener mayor responsabilidad.

En el momento presente, tengo la sensación de que la enseñanza en Filipinas es bastante superficial, a pesar de la ostentación de grandes edificios, jardines, campos de juego, gimnasios y bien organizados actos sociales. A pesar también de sus revistas, de sus programas musicales y teatrales, y quizás, precisamente por tanta cosa de éstas, no quede tiempo para el estudio serio. Los centros de enseñanza aprovechan demasiado el afán de la juventud filipina por asistir a ellos en busca de diplomas y de títulos fáciles y consienten esa vanidad en vez de encauzarla, haciendo ver a dicha juventud que es el *saber* y no los títulos lo que cuenta para que una nación tenga hombres preparados para la misión de llevar al país a una grandeza política, económica y sobre todo científica y cultural.

A los colegios religiosos les está interesando más el generalizar el conocimiento de la religión, sin profundizar, arriesgando la calidad a cambio de la cantidad para disputarle el número al protestantismo, al aglipayanismo y a la irreligiosidad. Pero para que un pueblo sea firmemente católico se han de crear dirigentes ciudadanos con una honda preparación, grandes maestros de la ética, de la moral cristiana, de la piedad y de la virtud, conductores y forjadores de un nivel medio de verdadera calidad. Y para que

la juventud asista a estos centros católicos se deben acreditar sus métodos pedagógicos, no cediendo a la natural vanidad de la juventud, sino creando un estrato intelectual de distinción, que sirva de emulación, y sea buscado aún al precio de un mayor esfuerzo en el estudio y una mayor renuncia de lo frívolo.

Seguir misionando, dejando un espacio más amplio para la cultura, sobre todo esa cultura histórica que ayude luego al buen conocimiento de la obra de la Iglesia y de las naciones más católicas del mundo.

La historia de España, sabida actualmente por una mayoría de filipinos, es una historia adulterada por la leyenda negra, y la desvirtuación de lo real continuará si se emplean esos textos ingleses o norteamericanos que la crearon, la mayoría de ellos escritos por protestantes o por católicos cuya buena fe fué sorprendida por dichos autores. El desconocimiento de la verdadera España hace mucho daño a la juventud filipina, cuyos autores jóvenes en inglés parecen saber únicamente de los abusos de los encomenderos, de la exención de tributos, de palabras despreciativas, de tratos más o menos inhumanos, seleccionando únicamente lo malo que forzosamente ha de arrastrar una colonización. a través de tantos siglos, pero ignorando o queriendo ignorar las excelencias de lo misional en su abnegación y sacrificio, y ese sistema único en la historia de la colonización que respetó vidas, lengua y costumbres del país ocupado, dejando perdurar su esencia a lo largo del tiempo.

Olvidando también el espíritu español de la conquista;

la espada abriendo los caminos para que la cruz pasara a llevar al cielo almas para Dios.

Yo agradecería a esos gloriosos centros de enseñanza que existieron en Manila desde hace siglos, y a otros católicos que vinieron después, que haciendo caso omiso de peso más o menos para sus gastos de misiones pobres, mermen un poco sus ingresos, arriesgándose a tener, de momento, menos alumnos, y den a la juventud pudiente que paga, y a sus becarios dotados, esa preparación tan necesaria para hacer de ella una masa escogida, directriz en el hogar, en la enseñanza y en la sociedad. Estos centros, a los cuales me dirijo, son aquellos que llevó España a Filipinas y que tienen más obligación que ningún otro a que no se malogre la gran obra misional de los siglos.

Si hubo un momento, en que la autoridad educacional norteamericana en las islas, hizo presión para borrar el castellano de los colegios (y en esto hemos de dar crédito al autorizado y veraz doctor Bantug), hasta el punto de amenazar con retirar el reconocimiento oficial de estudios a los colegios que no se prestasen a ello, hoy no existen esas trabas, y se puede y se debe volver a la tarca de que Filipinas no pierda su castellano. Ni su formación hispanolatina. Ni el dinamismo, la organización y el músculo heredados de Norteamérica. Ni su raíz primitiva indígena.

Que ésta sea regada por esas aguas portadoras de occidentalismo (y en esta palabra incluyo a Norteamérica también). Que todos los metales preciosos de su herencia sean fundidos, mantenidos por el calor del patriotismo y vertidos en el crisol del cristianismo, para que del mismo salga

fraguado y moldeado el carácter y el alma históricos de una raza, homogénea en su diversidad y capaz de dirigir los destinos en esa parte difícil y algo ambigua del mundo, que geográficamente es el Este y el Sudeste de Asia.

FIN